



EL ANÁLISIS SEMANAL DE PRIMERA PIEDRA

(N° 761 del 15 de enero de 2018)¹

**LA POLÍTICA SIN IDEAS
ESTIMULA LA
CORRUPCIÓN (2001)
(Qué lástima...!!
TENIAMOS RAZÓN) 2017**



También puede saber de nosotros en twitter

@revistaprimera

EDITORIAL

- I. **LA IZQUIERDA NUEVA.** Por Enrique Ceppi.
- II. **GENARO ARRIAGADA Y LAS NOSTÁLGICAS VISIONES DE LA POLÍTICA EN CHILE.** Por Rafael Urriola U.
- III. **ONG REÚNE 78 CASOS DE ABUSO SEXUAL EN LA IGLESIA: “LOS OBISPOS EN CHILE TRATAN BIEN A LOS ABUSADORES Y SON DUROS CON LAS VÍCTIMAS”.**
- IV. **DERECHO A LA SALUD: LA VIGENCIA DEL ANÁLISIS CRÍTICO DE MARX ANTE LAS DESIGUALDADES** Por Stéphane Barbas psiquiatra infantil.
- V. **PERÚ: LA QUE NO QUIERE A SU MAY...** Por Nelson Manrique, historiador, sociólogo y periodista peruano.
- VI. **EL PEOR Y EL MÁS TONTO.** Por Paul Krugman, premio Nobel de economía.

PRIMERA PIEDRA ECONOMIA.

- VII. **EL SENTIDO DEL TRABAJO EN UNA SOCIEDAD SOSTENIBLE.** (Primera Parte). Por John Bellamy Foster, editor general de Monthly Review.

¹ Este análisis y los anteriores se encuentran en www.primerapietra.cl Hay errores frecuentes en los servidores de correo electrónico, por lo que Ud. puede siempre acceder al Análisis Semanal en esta página web. A la sección de comentarios y opiniones puede escribirnos a primerapietra@gmail.com



EDITORIAL

En los últimos días la población de Chile se ha visto bombardeada por la propaganda y publicidad que rodea la visita al país del Papa Bergoglio, jefe del Estado Vaticano y cabeza de la iglesia Católica Apostólica Romana. Las voces que se han levantado para señalar la contradicción entre un Estado Laico, como se define el chileno, y el apoyo a las actividades de Bergoglio en Chile, han sido acalladas con el argumento del necesario respeto a las creencias de los católicos. En esa línea, lo que está faltando es respeto al Estado Laico y a los que no son católicos.

I. LA IZQUIERDA NUEVA. Por Enrique Ceppi.



Los resultados de las elecciones pasadas y los cambios provocados por el retorno a un sistema proporcional en la atribución de los escaños de la Cámara de Diputados, recién comienzan a ser asimilados por la elite política. Hay muchos personeros que aún no reconocen la nueva realidad y siguen actuando como si nada hubiese cambiado y aún primara la lógica del sistema binominal.

Hasta el 10 de marzo estará vigente el duopolio o repartición del poder en dos mitades que se presentaban como “centro derecha” y “centro izquierda”, resultado de leyes electorales ideadas por el pinochetismo para garantizar un 50% de representación parlamentaria con 34% de los votos. El sistema resultó ser conveniente a las fuerzas políticas de centro, quienes lograron imprimir un sello de cambios “en la medida de lo posible” y que se expresó en la alianza permanente de los partidos Demócratacristiano y Socialista en la Concertación, mientras la derecha era hegemonizada por la UDI.

En el marco anterior, a pesar de excepciones aisladas, las posiciones de izquierda se vieron sistemáticamente excluidas de la política institucional y fueron relegadas a los movimientos sociales. La izquierda, entendida como la representación de los intereses de las mayorías que viven de un sueldo o salario, volvió a jugar un papel gracias a las movilizaciones sociales que sacudieron el tablero de la política chilena y provocaron el definitivo cuestionamiento del *gatopardismo* (cambios para que nada cambie) del sistema binominal.

Hoy empieza a conformarse una nueva correlación de fuerzas políticas en tres grandes sectores: derecha, centro e izquierda, aunque los significados de dichas categorías sean muy diferentes a los que conoció Chile antes de la dictadura.

Hoy la izquierda no está definida por el predominio de los obreros organizados en la conducción de las luchas sociales ni por la participación de los pobladores sin casa y los campesinos sin tierra. Lo que define a la izquierda es el compromiso con los movimientos sociales. En la actualidad la izquierda se define en torno a los intereses de la multiplicidad de sectores que sufren de distinta forma los embates de la sociedad mercantilizada y deshumanizada del capitalismo neoliberal globalizado.

Los modelos o proyectos alternativos al sistema capitalista actual no han alcanzado la capacidad de convocar a las mayorías nacionales que son necesarias para cambiar la correlación de fuerzas en el país y transformar la sociedad. El FA es la primera agrupación política que logra romper la lógica imperante hasta el momento con un programa de gobierno¹

¹ Disponible en http://frente-amplio.cl/sites/default/files/documentos/programa-beatriz_sanchez.pdf



claramente contrario al sistema neoliberal y de ampliación de la democracia y que consiguió un respaldo importante en las elecciones.

Con la irrupción del FA, así como con la irrupción de los movimientos sociales, cambió la geografía política en el país. Los partidos integrantes de la NM se han visto con toda desnudez en su centrismo político y no han asumido la nueva realidad. Particularmente los sectores de izquierda al interior del Partido Socialista han quedado aprisionados entre el pragmatismo de la directiva que presume del resultado electoral conseguido – ser el principal partido de la NM – y el proyecto de creación de una federación de partidos socialdemócratas que agrupe al PS, PPD y PRSD. Para la izquierda socialista se avecinan tiempos difíciles de contradicción entre la lealtad a una historia memorable y la deriva centrista de PS actual.

Por su parte, el FA se encuentra en el centro de la discusión en la conformación de la mesa de la Cámara de Diputados y las presidencias de las Comisiones, cargos que principalmente dan visibilidad y figuración. Efectivamente, la definición de un acuerdo de “administración” entre las fuerzas de la futura oposición en la Cámara está en el primer lugar de la agenda de aquí hasta el 11 de marzo, cuando se deben constituir los diputados elegidos el 19N. De conseguirse ese acuerdo el FA y la ex NM le habrán dado un golpe a la derecha y se habrán conseguido espacios de participación política que, de otra manera, serían ocupados por los diputados de Piñera.

Pero, esa no es la única tarea del FA. Los resultados de las elecciones los obliga también a calibrar su programa político para los próximos años. Después del fructífero trabajo de discusión programática, efectuado para definir la plataforma de la candidatura de Beatriz Sánchez, los miembros de la coalición deben aterrizar una línea de trabajo para el nuevo período político que se inicia el 11 de marzo. Las 346 páginas del Programa no deben ser archivadas y olvidadas, al contrario, deben ser la guía o pauta para la discusión del plan de trabajo para los próximos cuatro años. Mientras ese programa esté presente en la orientación de su accionar político y no pierdan el contacto con los movimientos sociales, será posible tener un papel activo y continuar construyendo la alternativa para un Chile más democrático, más social, más igualitario y más fraterno.

II. GENARO ARRIAGADA Y LAS NOSTÁLGICAS VISIONES DE LA POLÍTICA EN CHILE. Por Rafael Urriola U.



Este martes 8 de enero el analista demócrata cristiano Genaro Arriagada publicó en *El Mercurio* el artículo: “¡Unidad!: en la dosis está el veneno”. Su objetivo es esbozar el diseño estratégico para la DC en el futuro próximo: “...no es la hora de 'la centroizquierda', sino del centro y de la izquierda, diferenciados, claros, nítidos. Un centro robusto que reivindique la política como 'el arte de lo posible', que rechace las propuestas radicales aunque ellas suenen generosas y románticas...”.

Arriagada rechaza a quienes creen que “faltó unidad. Unidad es la palabra sagrada y el remedio al infortunio político y electoral: una unidad que vaya desde la DC hasta los 14 minipartidos del Frente Amplio”. Esta fue la posición del Pleno del PS de este sábado 6 de enero, es decir, los lineamientos estratégicos del ex ministro no solo se refieren a la DC sino esbozan también una crítica a sus socios o ex socios de la Nueva Mayoría, en particular al PS.



Arriagada fue artífice de la línea del apoyo a Ricardo Lagos como candidato presidencial lo cual finalmente no consiguió el respaldo de ningún Partido de la NM, a excepción del PPD, porque las encuestas no favorecían para nada al expresidente. El “camino propio” de la DC no fue bien visto en su momento por el ex ministro Arriagada. Sin embargo en su columna de este martes hace un llamado esplendoroso a un camino propio total. “*La DC aceptó, una y otra vez, limar sus asperezas ideológicas y programáticas para no incomodar a sus aliados más a la izquierda*”, dice el analista. Ahora, llama claramente a la refundación estratégica de las alianzas en Chile, volviendo a la vieja división de los tres tercios entre derecha, centro e izquierda.

La DC, como los demás partidos de la NM, son institucionalidades que tienen muy poquito de coincidencias ideológicas, algunos acuerdos políticos (generalmente de corto plazo) y algunas tradiciones, que se respetan cada vez menos.

La nostalgia de Arriagada quizás se remonta a los años 60 del siglo pasado en que esa distribución de fuerzas le trajo triunfos espectaculares a la DC, como partido de centro, porque el miedo de la derecha a que triunfara el Frente de Acción Popular (FRAP), encabezado por Salvador Allende, le permitió a la DC el cómodo triunfo de Frei Montalva, una vez que se vino al suelo el Partido Radical, parte del pasado político de Arriagada. Claro está que la derecha no quiso ser tan dadivosa a la vuelta de seis años con Radomiro Tomic como sucesor de Frei Montalva, y levantó, contra viento y marea, como candidato presidencial a Jorge Alessandri R. en 1970, perdiendo ambos.

La DC esperaba que la dictadura fuese pasajera y que en un retorno mucho más temprano de la democracia sería capaz de encabezar una alternativa más racional que ganara parte de la derecha y la izquierda para construir una nueva mayoría de centro. Pinochet y los cómplices pasivos se sentían bastante cómodos con la dictadura y postergaron todo, incluso asesinando a Frei Montalva para reducir las trabas. La DC inició un difícil camino de oposición a la dictadura en que destacaron numerosos dirigentes sociales.

Pero el pasado es solo historia. La propuesta de Arriagada, si no fuese por su autor, podría parecer patéticamente nostálgica. El Partido Radical, por ejemplo podría poner sus sueños aún más atrás y situarse en la época del Frente Popular de Aguirre Cerda (1938) y creer que podría encabezar una alianza de centro con apoyo de la izquierda contra la derecha conservadora.

El analista Arriagada deja de examinar hechos relevantes de la realidad. La DC no es la Patria Joven de los 60 con el control de todas las Federaciones de Estudiantes de todas las



Universidades del país. Hoy no se sabe siquiera que haya grupos DC en las universidades. La DC no es la fuerza sindical que, incluso, en 1972 logró ganar la CUT. La DC no es el partido con enorme raigambre en los campesinos gracias a la Reforma Agraria de Frei Montalva, pero sobre todo a la ley de sindicalización campesina (con estos votos ganó la CUT). La DC, como los demás partidos de la NM, son institucionalidades que tienen muy poquito de coincidencias ideológicas, algunos acuerdos



políticos (generalmente de corto plazo) y algunas tradiciones que se respetan cada vez menos. Entonces es muy difícil para los verdaderos analistas intentar diferenciar derecha-centro-izquierda entre UDI-RN en la derecha; DC en el centro y el resto de la NM en la izquierda.

Más bien, da la impresión que todos ellos son parte del *establishment*. Algo así como tendencias al interior del sistema. Todo eso constituye la derecha. El centro y la izquierda pareciera que está en construcción entre las tendencias al interior del Frente Amplio, aunque probablemente en el futuro cercano se alimentará con personas, grupos o tendencias de la NM. Todo el panorama político está en construcción... es una noticia en desarrollo.

III. ONG REÚNE 78 CASOS DE ABUSO SEXUAL EN LA IGLESIA: “LOS OBISPOS EN CHILE TRATAN BIEN A LOS ABUSADORES Y SON DUROS CON LAS VÍCTIMAS”.

Son 78 los casos de abuso sexual en la Iglesia Católica que la organización Bishop Accountability documentó en nuestro país. La investigadora Anne Barret-Doyle, fundadora de la ONG, aseguró que en ninguna otra parte del mundo el fenómeno es tan patente como acá. "Deben haber cargos criminales contra los cómplices y encubridores, es la única manera de que esto termine", afirmó.

“Estamos publicando este archivo ante la visita del Papa con la esperanza de que alguno de sus asistentes o personas de su entorno lo vea y le haga ver que no ha cumplido con su promesa de cero tolerancia con respecto a este tema”, explicó la investigadora católica Anne Barret-Doyle, una de las fundadora del grupo estadounidense Bishop Accountability, ONG que se encarga de documentar los casos de abuso sexual por parte de la Iglesia alrededor del mundo, y que incluso asesoró a los realizadores de la película Spotlight.



Este miércoles en la sede de la Fundación Para la Confianza, la analista presentó la [recopilación](#) que la organización reunió sobre el escenario en Chile y el resultado arrojó 78 acasos, entre sacerdotes, hermanos y monjas. “El Papa Francisco ha dicho que llora por las víctimas, hoy lo llamamos a convertir esas lágrimas en acciones”, continuó la estadounidense, quien criticó que el actuar de la máxima autoridad católica ha apuntado “no solo a mantener, sino que además promover a personas que están involucradas en este tipo de abusos. Y en ninguna otra parte del mundo eso es tan patente como en Chile”.

Como ejemplo, Barret-Doyle mencionó los casos de Christian Precht, Julio Dutilh y Juan Barros, quienes a pesar de haber sido denunciados e incluso condenados por El Vaticano, como el caso de Precht, están autorizados para continuar con sus actividades como sacerdotes. “La falta de presión externa que existe en Chile ha permitido que la Iglesia opere en la impunidad”, agregó.

Debido a lo anterior, la investigadora señaló que, a diferencia de otros países que también han vivido este tipo de escándalos, donde las víctimas tuvieron las reparaciones correspondientes, “estas condiciones no están dadas en Chile”, y para graficarlo, mencionó el caso de uno de los denunciantes de Rimsky Rojas, quien ha amenazado con demandar al arzobispo Ricardo Ezzati por obstrucción a la justicia.



“Ezzati es el hombre más poderoso de la Iglesia, si él está pasando a llevar la cero tolerancia de forma tan obvia, ¿qué queda para los otros? Mientras hacíamos esta investigación, quedamos atónitos con las prácticas de los obispos aquí en Chile: tratan bien a los abusadores y son muy duros con las víctimas”, afirmó.

Debido a lo anterior, Barret-Doyl describió que dos de los aspectos que destacan del escenario chileno es el hermetismo con que ha actuado la Iglesia, que ha dado a conocer muy pocos documentos que retraten la crisis, y la gran cantidad de líderes de órdenes religiosas que han sido involucrados. Debido a lo anterior, cree que “deben haber cargos criminales contra los cómplices y encubridores, es la única manera de que esto termine”.

IV. DERECHO A LA SALUD: LA VIGENCIA DEL ANÁLISIS CRÍTICO DE MARX ANTE LAS DESIGUALDADES Por Stéphane Barbas psiquiatra infantil.



La formidable película de Raoul Peck, *El joven Marx*, reaviva el interés por el pensamiento de Marx e invita a su (re)lectura.

Desde la crisis de 2008, con los peligros que hizo correr al planeta, el capitalismo ya no es visto como el fin de la Historia. Ese interés por el marxismo se extiende también a terrenos como el de la medicina y de la salud incluso en quienes están lejos de los círculos militantes. La revista *The Lancet*, antigua y prestigiosa revista de medicina británica, publicó en un reciente número, una contribución de su director de redacción, Richard Horton, bajo el título «Medicine and Marx» (vol. 390, 4 noviembre de 2017).

El autor señala que, pese al descrédito provocado por la caída de la Unión Soviética, el pensamiento de Marx es de una actualidad irrefutable. El aniversario del nacimiento de Marx, que será conmemorado el 5 de mayo de 2018, será un momento propicio para evaluar de nuevo sus aportaciones. Las ideas marxistas vuelven a impregnar el debate político, en particular sobre los problemas de salud, a los cuales el capitalismo y los mercados son incapaces de responder.

Las privatizaciones, el poder de las elites médicas, la creencia eufórica en los progresos técnicos, el capitalismo filantrópico, las tendencias neo-imperialistas de la política sanitaria mundial, las enfermedades inventadas por laboratorios o la exclusión y estigmatización de poblaciones enteras son algunos de los problemas a los cuales el marxismo puede aportar un análisis crítico.

El marxismo constituye también un llamado a luchar por valores como el de la igualdad social, el fin de la explotación y para luchar contra la salud considerada como una mercancía más. La agravación de las desigualdades a escala planetaria confiere su verdadera actualidad al debate sobre los puntos mencionados. Tal como lo demuestra el epidemiólogo inglés Richard Wilkinson, no es para nada necesario ser marxista para apreciar lo que la medicina puede aún aprender de Marx.

Recuerda también que las preocupaciones por la salud pública son contemporáneas al nacimiento del marxismo con el libro de Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, (1845). Marx hará a menudo referencia a este libro de su amigo.

En el libro I de *El Capital*, en particular en el capítulo sobre la jornada de trabajo, Marx denuncia con vehemencia las consecuencias de las violencias de la explotación sobre la salud de los obreros. El problema del trabajo infantil es el ejemplo más significativo de esas



violencias. Hay en Marx un interés real tanto por los problemas de salud como por la protección de la infancia. El filósofo alemán cita numerosos testimonios de médicos que denuncian en sus informes el estado sanitario de los obreros y la explotación de los niños. Según el doctor inglés Arledge, por ejemplo, los alfareros tienen «una altura atrofiada, son anémicos, están sujetos a dispepsia, problemas hepáticos, renales y a reumatismos». Habría incluso un asma y una tisis (tuberculosis) propia de los alfareros.

En las fábricas de cerillas químicas trabajan a menudo niños de 5 o 6 años, en una atmósfera saturada de fósforo. Es el infierno de Dante, dice Marx. El médico jefe del hospital de Worcester escribe que “contrariamente a las afirmaciones interesadas de algunos patrones, yo declaro y certifico que la salud de los niños sufre mucho de esas condiciones”. Eso no es obstáculo para que los que Marx llama irónicamente “los amigos del comercio” justifiquen el trabajo infantil invocando a menudo la moral y la educación.

Marx subraya lo siguiente: “El capital usurpa el tiempo exigido por el crecimiento, el desarrollo así como el necesario para mantener el cuerpo con buena salud... Roba el tiempo que debería ser utilizado para respirar el aire libre y gozar de la luz del sol”.

“La antropología capitalista (agrega Marx), decreta que la infancia debería durar hasta los diez años, a lo sumo, once”. Hoy, en el siglo XXI, “la antropología capitalista” decreta la edad a la que podemos jubilarnos.

A Marx le gustaba otorgar al capital la imagen de un vampiro. “El capital es trabajo muerto que, como un vampiro, sólo cobra vida chupando el trabajo vivo”.

La salud es la sangre de la fuerza de trabajo con la que se alimenta el capital. Pero si la salud de los trabajadores es la fuente de la riqueza, el capitalista no necesita cuidarla, ocuparse de ella. Cuenta con “el ejército industrial de reserva” que aportará siempre mano de obra gracias, ayer, a la sobrepoblación obrera, al desempleo, hoy. El derecho a la salud ha sido siempre una conquista de la clase obrera contra el capital.



Es necesario, hoy más que nunca, recordar que los sistemas de Seguridad Social se financian con esa parte de los salarios arrancada al capital para garantizar la salud de los trabajadores a largo plazo y no solamente para una salud útil en lo inmediato para la producción. No debe entonces sorprender a nadie que esa parte diferida del salario que permite “respirar el aire libre y gozar de la luz del sol” sea rebautizada “carga social” y acusada vergonzosamente de aumentar “el costo del trabajo”, de provocar la histeria de “los amigos del comercio”. Para estos últimos, sus beneficios serán siempre mucho más valiosos que la salud de los hombres y mujeres.

La riqueza propia a la fuerza de trabajo no se explica a través de la fisiología ni de algún misterioso principio vital secretamente guardado por la medicina sino a través de las relaciones sociales.

La medicina, por su lado, permitirá tomar mucho más en cuenta al hombre social en lo que determina la salud.

Artículo publicado en L’Humanité, 5 de enero de 2018. Traducción: Rubén Navarro.



V. PERÚ: LA QUE NO QUIERE A SU MAY... Por Nelson Manrique, historiador, sociólogo y periodista peruano.



El intento de vacancia de Pedro Pablo Kuczynski y el indulto a Alberto Fujimori inaugura una segunda fase del gobierno de PPK que será determinada por la lucha por la hegemonía entre las facciones del fujimorismo dirigidas por Keiko Fujimori y su padre. En este nuevo escenario PPK es apenas un arma arrojada, eventualmente utilizable por los contendientes en su enfrentamiento.

Sobre la naturaleza de la crisis la explicación fácil es que PPK fue puesto en evidencia como corrupto y una organización de izquierda, el Frente Amplio, presentó una moción para vacarlo, y apristas y fujimoristas se plegaron al proceso moralizador entregándole las firmas para que la moción fuera admitida a debate en el parlamento. ¿Qué objetivos buscaban quienes promovían la vacancia, y qué posibilidades tenían de conseguirlos?

No está claro el objetivo del Frente Amplio. Si quería castigar la corrupción, tan corruptos o más que PPK son los apristas y los fujimoristas con que se alió para la vacancia, y canjear unos corruptos por otros no es precisamente un avance. Aún más raro es que los aprofujimoristas se prestaran a promover una acción moralizadora. Algunos frenteamplistas han insinuado que el objetivo era provocar la caída del gobierno y la convocatoria a nuevas elecciones generales, que representarían un avance para la izquierda. Si era ese el objetivo, tampoco parece bien encaminado. Según la encuesta de Ipsos del 17 de diciembre, tres días antes del intento de vacancia, la intención de voto de Keiko ascendía a 27%, Verónica Mendoza tenía 9% y Marco Arana se encontraba subsumido en el 3% de la categoría “Otros”. Este no parece pues un auspicioso panorama electoral, salvo que se buscara lograr una elección excluyendo a Verónica Mendoza. Pero el riesgo de terminar entregando el poder absoluto al fujimorismo era muy elevado.

La lucha contra la corrupción como objetivo de los aprofujimoristas es simplemente risible, dado los prontuarios que éstos exhiben. Más verosímelmente, el intento de golpe fue precipitado cuando se supo que PPK preparaba el indulto para Alberto Fujimori desde el día 11 de diciembre, y Keiko tenía razones para verlo como una amenaza a sus intereses.

Según un testigo presencial, ya el 2014 Keiko bloqueó deliberadamente el indulto que Ollanta Humala ofrecía a su padre, con el argumento de que podía complicar su chance presidencial para el 2016. El sabotaje continuó bajo el gobierno de PPK. De allí la exigencia de Kenji-Alberto, de que, como condición para la reconciliación entre los fujimoristas, se reestructure el partido y Keiko les entregue la cabeza de Pier Figari y Ana Vega, sus principales asesores, a quienes acusan de conspirar permanentemente contra la libertad de Fujimori. Alejandro Aguinaga los trata de “dos tumores”. El otro hecho que precipitó el intento de golpe fue la inminencia de la llegada a Lima del testimonio de Marcelo Odebrecht, que, si se aplicaran los mismos criterios que se utilizó con Ollanta Humala y Nadine Heredia, podría provocar una orden de prisión preventiva contra Alan García y Keiko Fujimori.





Keiko quería tener el control del indulto, otorgándoselo ella a su padre luego de la caída de PPK, ya sea imponiéndoselo a Vizcarra o Mercedes Aráoz, o, si ambos renunciaban a suceder a PPK, a través de Luis Galarreta. Así, antes de liberarlo, Keiko podría imponer sus condiciones, definiendo los límites de la vida pública de su papá, eliminándolo como un obstáculo y hasta utilizándolo para afirmar su liderazgo. Que PPK lo haya indultado es para ella una muy mala noticia. ¿Es capaz una hija de actuar así? Cuando Alberto Fujimori repudió a Susana Higuchi, Keiko, con sus escasos 19 años, se apropió de inmediato del puesto de primera dama de su madre (“¡Keiko es el diablo!”, dijo doña Susana). Parafraseando a Celia Cruz: “¡La que no quiere a su may, tampoco quiere a su pay!”.

¿Habría sido mejor vacar a Kuczynski? Esa opción suponía avalar un golpe de palacio (legislativo), que negaba al acusado derechos básicos: presunción de inocencia y derecho de poder defenderse en plazos y en condiciones razonables. Petardear el orden constitucional cuando varios corruptos han sido puestos en prisión, otros están perseguidos y se entra en la fase crítica del caso Odebrecht favorece a los corruptos. ¿Qué ganarían los fujimoristas cambiando a PPK por Vizcarra o Aráoz? ¿Sería acaso su intención dejarles realizar un buen gobierno hasta el 2021?

En momentos de crisis se acelera radicalmente el tiempo histórico. La maduración de la conciencia antifujimorista de los jóvenes ha avanzado en estos días lo que en tiempos “normales” tomaría muchos años. De una lucha palaciega por la vacancia en la escena política se ha pasado a una lucha en las calles que no se detendrá en el indulto. Sólo hay razones para el pesimismo cuando la mirada se limita a la escena política y se pierde de vista la escena social.

Fuente: <http://larepublica.pe/politica/1165336-la-que-no-quiere-a-su-may>

VI. EL PEOR Y EL MÁS TONTO. Por Paul Krugman, premio Nobel de economía.



Al igual que millones de personas en todo el mundo, me tranquilizó saber que Donald Trump es un “genio muy estable”. Y es que, si no lo fuera — si en cambio fuera un aspirante a tirano errático, vengativo, desinformado y perezoso— estaríamos en verdaderos problemas.

Seamos honestos: Estados Unidos con frecuencia ha sido presidido por hombres mediocres, algunos de los cuales han tenido personalidades desagradables. Sin embargo, por lo general, no han hecho mucho daño, por dos razones.

La primera es que los presidentes de segunda clase se han rodeado con frecuencia de servidores públicos de primera clase. Como ejemplo, miren la lista de los secretarios del Tesoro desde que se fundó la nación; aunque no todos los que han ocupado ese cargo eran iguales a Alexander Hamilton (quien creó el Tesoro), es, en general, un contingente bastante impresionante —y eso ha sido importante—.

Se ha debatido si Ronald Reagan, a quien diagnosticaron con alzhéimer cinco años después de que dejara la presidencia, ya mostraba síntomas de deterioro cognitivo durante su segundo mandato. No obstante, con James Baker en el Departamento del Tesoro y George Shultz en el de Estado, no había nada de qué preocuparse en cuanto a si había gente competente que tomara las grandes decisiones.



Segunda: nuestro sistema de pesos y contrapesos ha limitado a los presidentes que de otro modo podrían haber estado tentados a ignorar el Estado de derecho o a abusar de su cargo. Aunque probablemente hemos tenido altos ejecutivos que anhelaban encarcelar a sus críticos o enriquecerse mientras estaban en el cargo, ninguno de ellos se atrevió a hacer sus deseos realidad.

Pero eso era antes. Con el “genio muy estable” al mando, las reglas antiguas ya no aplican.

Cuando ese “genio muy estable” se mudó a la Casa Blanca, trajo consigo a una colección extraordinaria de subordinados —y los llamo en el peor de los sentidos—. Algunos de ellos ya se fueron, como Michael Flynn, a quien Trump nombró asesor de seguridad nacional pese a que ya lo rodeaban interrogantes por sus vínculos extranjeros y quien en diciembre se declaró culpable de mentirle al FBI sobre esos vínculos. También se fue Tom Price, secretario de Salud y Servicios Humanos que renunció debido a su adicción a costosos viajes en avión privado.

Sin embargo, otros todavía siguen ahí; seguramente pensar en Steve Mnuchin liderando el Tesoro hace a Hamilton revolcarse en su tumba. Y muchos nombramientos increíblemente malos han pasado casi inadvertidos entre el público general. Solo podemos darnos una idea de qué tan deplorables son las cosas por la noticias que se filtran de vez en cuando, como que la persona a la que Trump nombró para dirigir el Servicio de Salud para indígenas parece haber mentido sobre sus credenciales (una vocera del Departamento de Salud y Servicios Humanos dice que un tornado destruyó sus documentos de antecedentes laborales).



Y mientras ingresa la gente no calificada, la calificada está huyendo. Ha habido un gran éxodo de personal con experiencia en el Departamento de Estado; quizá todavía más alarmante es que se dice que hay un éxodo similar en la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por su sigla en inglés).

En otras palabras, en tan solo un año, Trump nos ha acercado bastante a un gobierno de los peores y más tontos. Así que digamos que es bastante bueno que el hombre en el puesto más alto es, “como, muy inteligente”.

Mientras tanto, ¿qué ha sucedido con las restricciones ante un mal comportamiento presidencial? Digo, los pesos y contrapesos ya son muy de la década de los setenta, ¿no? Puede que a los republicanos les hayan importado los actos ilegales del presidente durante el escándalo de Watergate, pero estos días claramente consideran que su trabajo es proteger los privilegios del “genio muy estable”, es decir, dejarlo hacer lo que quiera.

Inclúyanme entre aquellos a los que no les parecieron tan impactantes las revelaciones del nuevo libro de Michael Wolff porque solo confirman lo que ya nos han dicho muchos informes sobre esta Casa Blanca. La noticia realmente destacada de la semana pasada, a mi parecer, se trata de las indicaciones que han dado importantes republicanos en el congreso de que están cada vez más decididos a participar en la obstrucción de la justicia.

Hasta ahora, no había quedado totalmente claro si los miembros del congreso a favor del encubrimiento, como Devin Nunes —quien ha estado acosando al Departamento de Justicia



mientras este trata de investigar la interferencia que habría tenido Rusia en la elección presidencial—, eran por cuenta propia. Sin embargo, Paul Ryan, el presidente de la Cámara de Representantes, ahora se ha sumado por completo a las filas de Nunes, lo que representa estar totalmente a favor de la obstrucción.

Al mismo tiempo, dos senadores republicanos refirieron al Departamento de Justicia (la primera vez que se sabe que lo hacen) a que investigue penalmente a alguien como parte de su propia pesquisa sobre la intervención rusa: no se trata de aquellos que pudieran haber trabajado con una potencia extranjera hostil, sino del exespía británico que elaboró un documento sobre la posible colusión entre Trump y Moscú.

En otras palabras, sin importar lo mucho que el mundo se cuestione si Trump es apto para estar en el poder, las únicas personas que podrían limitarlo están haciendo todo lo posible por ponerlo por encima del Estado de derecho.

Hasta ahora, la implosión de las normas políticas de Estados Unidos ha tenido un efecto considerablemente menor en nuestra vida cotidiana (excepto que residas en un Puerto Rico azotado por huracanes y sigas esperando a que se restablezca la electricidad debido a una respuesta federal inadecuada). El presidente pasa las mañanas viendo televisión y tuiteando su enojo, ha sembrado el caos en cuanto a la capacidad del gobierno y su partido no quiere que sepas si es un agente trabajando a favor de alguien en el extranjero. Sin embargo, las bolsas están al alza, la economía está en auge y no hemos iniciado nuevas guerras.

Todavía estamos en los inicios. Pasamos más de dos siglos construyendo una gran nación y hasta un “genio muy estable” quizá requiera un par de años para completar su ruina.

NYT, 10 de enero de 2018.





PRIMERA PIEDRA ECONOMIA.

VII. EL SENTIDO DEL TRABAJO EN UNA SOCIEDAD SOSTENIBLE. (Primera Parte). Por John Bellamy Foster, editor general de Monthly Review.



Este artículo es una versión revisada de “The Meaning of Work in a Sustainable Society: A Marxian View”, publicado en marzo de 2017 por el Center for the Understanding of Sustainable Prosperity de la University of Surrey, Inglaterra.

¡Al diablo con esta vida ociosa! Quiero trabajar.

William Shakespeare, Enrique IV, Parte I, Acto II, Escena IV.

La naturaleza y el sentido del trabajo, en lo que respecta a una sociedad futura, ha dividido profundamente a los pensadores ecologistas, socialistas, utópicos y románticos desde la Revolución Industrial.[1] Algunos teóricos radicales han considerado que una sociedad más justa simplemente requiere la racionalización de las actuales relaciones laborales, junto con un incremento del tiempo de ocio y una distribución más equitativa de los frutos del trabajo. Otros han defendido la necesidad de trascender todo el sistema de trabajo alienado, haciendo del desarrollo de relaciones laborales creativas el elemento central de una nueva sociedad revolucionaria. En lo que parece ser un esfuerzo por eludir este viejo conflicto, los discursos actuales sobre desarrollo sostenible, aunque no niegan la necesidad del trabajo, a menudo lo llevan a un segundo plano, haciendo hincapié en las ventajas que supondría el aumento de las horas de ocio.[2] Parece difícil poner en duda las bondades de este aumento del tiempo de no-trabajo, y resulta además sencillo imaginar tal posibilidad en el contexto de una sociedad sin crecimiento. La cuestión del trabajo, en cambio, está cargada de dificultades intrínsecas, ya que afecta a las raíces del sistema socioeconómico actual, desde la forma de dividir las actividades productivas hasta las relaciones de clase. Sin embargo, sigue siendo cierto que no es posible concebir de forma coherente un futuro ecológicamente sostenible sin abordar el problema del *homo faber*, es decir, el papel creativo, constructivo e históricamente determinado que juega el ser humano en la transformación de la naturaleza: la relación social con el mundo físico que distingue a la humanidad en tanto que especie.

Dentro de la literatura utópica socialista de finales del siglo XIX, es posible distinguir dos tendencias fundamentales con respecto al futuro del trabajo, representadas por un lado por Edward Bellamy, autor de *Mirando atrás*, y por el otro por William Morris, autor de *Noticias de ninguna parte*. Bellamy, imaginando algo que hoy es familiar para nosotros, concibió el avance de la mecanización, junto con una completa organización tecnocrática del trabajo, como la base para un mayor tiempo de ocio, considerado este como el bien supremo. En contraste, Morris, cuyo análisis derivaba de Charles Fourier, John Ruskin y Karl Marx, enfatizó la centralidad del trabajo útil y agradable, lo cual requeriría la abolición de la división capitalista del trabajo. Hoy, la mayoría de las concepciones sobre una economía sostenible se parecen más a la visión mecanicista de Bellamy que a la perspectiva más radical de Morris. Esta idea de “liberación del trabajo” como fundamento del desarrollo sostenible ha estado muy presente en los escritos de los primeros ecosocialistas y de los teóricos del decrecimiento, como André Gorz o Serge Latouche.[3]

Sostendré aquí que la idea de la liberación casi total del trabajo, por su unilateralidad e incompletud, es en última instancia incompatible con una sociedad genuinamente sostenible. Después de examinar, en primer lugar, la visión hegemónica del trabajo en la historia del



pensamiento occidental, que se remonta a los antiguos griegos, paso a considerar las ideas sobre el asunto de Marx y Adam Smith, mostrando la oposición entre ambas. Esto me lleva a la cuestión de cómo los pensadores socialistas y utópicos han discrepado unos con otros en la cuestión del trabajo, tema que abordaré centrándome en el contraste entre Bellamy y Morris. Todo esto, me parece, apunta a la conclusión de que el verdadero potencial de cualquier sociedad sostenible del futuro reside no tanto en el aumento del tiempo libre, sino en la capacidad para generar un nuevo mundo de trabajo creativo y colectivo, controlado por los productores asociados.

La ideología hegemónica del trabajo y del ocio

El relato que aparece hoy en todos los libros de texto de economía neoclásica retrata el trabajo en términos puramente negativos, como desutilidad o sacrificio. Los sociólogos y economistas suelen presentar esto como un fenómeno transhistórico, que se extiende desde la Grecia Clásica hasta el presente. Así, el teórico cultural italiano Adriano Tilgher declaró en 1929, como es bien sabido: “Para los griegos el trabajo era una maldición y nada más”, apoyando su afirmación con citas de Sócrates, Platón, Jenofonte, Aristóteles, Cicerón y otras figuras, que representan la perspectiva aristocrática sobre el asunto en la Antigüedad.[4]

Con el surgimiento del capitalismo, el trabajo fue visto como un mal necesario que requería, para ser realizado, del uso de la coacción. En 1776, en los albores de la Revolución Industrial, *La riqueza de las naciones* de Adam Smith definió el trabajo como un sacrificio, que requería “el esfuerzo y la fatiga [...] de nuestro propio cuerpo”. El trabajador “sacrificará siempre [...] su tranquilidad, su libertad y su felicidad”. [5] Unos años antes, en 1770, apareció un tratado anónimo titulado *An essay on trade and commerce*, escrito por una figura (que más tarde se asoció a J. Cunningham) a quien Marx describió como “el representante más fanático de la burguesía del siglo XVIII”. En opinión del autor, para romper el espíritu de independencia y ociosidad de los trabajadores ingleses, deberían establecerse “casas de trabajo”, para encarcelar en ellas a los pobres, convirtiéndolas en “casas de terror, donde deberían trabajar catorce horas al día, de tal manera que cuando se dedujera el tiempo de la comida, quedaran doce horas completas de trabajo.” Thomas Robert Malthus promovió puntos de vista similares en las décadas posteriores, lo que condujo a la New Poor Law de 1834.[6]

La ideología económica neoclásica trata hoy la cuestión del trabajo (*work*) como un término medio entre el ocio y el tiempo de trabajo (*labor*). Contradice así, al menos parcialmente, su propia definición más general del trabajo como desutilidad, presentándolo más como una opción financiera personal que como el resultado de la coerción.[7] Sin embargo, sigue siendo cierto, como observó el economista alemán Steffen Rätzl en 2009, que en el fondo el “trabajo”, en la teoría neoclásica, “es visto como *un mal* necesario, cuya única utilidad es la de generar ingresos para el consumo” (cursivas añadidas por el autor).[8]

Esta concepción del trabajo, cuya credibilidad deriva en gran medida de la alienación que caracteriza a la sociedad capitalista, ha sido puesta en duda una y otra vez por los pensadores radicales. Estos nos recuerdan que los puntos de vista actualmente hegemónicos sobre esta





cuestión no son ni universales ni eternos, y que el trabajo no tiene por qué ser considerado simplemente como desutilidad —aunque las condiciones en las que se desarrolla en la sociedad contemporánea tiendan a convertirlo en una carga y en algo asociado, por lo tanto, a la coacción—. [9]

De hecho, el mito de que los pensadores griegos antiguos eran todos anti-trabajo, de tal forma que existiría una continuidad histórica desde entonces hasta la ideología dominante actual, fue refutado por el clasicista y filósofo de la ciencia marxista Benjamin Farrington en su estudio de 1947, *Mano y cerebro en la Grecia Antigua*. Farrington demostró que tales puntos de vista, aunque eran lo suficientemente comunes entre las facciones aristocráticas representadas por Sócrates, Platón y Aristóteles, resultaban contrarios a los de los filósofos presocráticos, y estaban lejos de ser predominantes si se tenía en cuenta el más amplio contexto histórico de la filosofía, la ciencia y la medicina griegas, que hunden sus raíces en tradiciones de conocimiento artesanal práctico. “La teoría central de los milesios”, el origen de la filosofía griega —escribió Farrington—, “se basaba en la idea de que todo el universo funciona de la misma manera que las pequeñas partes del mismo, que están bajo el control del hombre”. Así, “toda técnica humana” desarrollada en el proceso de trabajo, como la de



cocineros, alfareros, herreros y agricultores, era evaluada no solo en términos de sus fines prácticos, sino también por lo que tenía que decir sobre la naturaleza de las cosas. En tiempos helenísticos, los epicúreos, y más tarde Lucrecio, desarrollaron esta visión materialista, explicando el reino de la naturaleza desde la experiencia proveniente del trabajo artesanal. Todo esto es evidencia del enorme respeto que desde Grecia se ha otorgado al trabajo, y al trabajo artesanal en particular. [10]

Los materialistas en la Antigüedad construyeron sus ideas desde un conocimiento profundo del trabajo y desde el respeto por los avances que este trajo al mundo, en claro contraste con los idealistas, quienes, representando el desprecio aristocrático por el trabajo manual, promovieron mitos celestiales e ideales anti-trabajo. Esta visión la encontramos, por ejemplo, en una declaración atribuida a Sócrates por Jenofonte: “los llamados oficios manuales están desacreditados y, lógicamente, tienen muy mala fama en nuestras ciudades” (*Económico*, IV, 2). Nada podría estar más lejos de la cosmovisión de los materialistas griegos, que vieron el trabajo como la encarnación de las relaciones dialécticas entre la naturaleza y la sociedad. [11]

La concepción individualista-posesiva del trabajo de Smith, que representaba el punto de vista burgués, fue igualmente cuestionada por los pensadores socialistas. Escribiendo en 1857-58, Marx afirmó:

«¡Trabajarás con el sudor de tu frente! fue la maldición que Jehová lanzó a Adán. Y esto es el trabajo para Smith, una maldición. La “tranquilidad” aparece como el estado adecuado, como idéntico a “libertad” y “felicidad”. Smith no parece tener en cuenta que el individuo, “en su estado normal de salud, vigor, actividad, habilidad, destreza”, también necesita una porción normal de trabajo y de suspensión de la tranquilidad. [...] Tiene razón, por supuesto, en que en sus formas históricas de trabajo esclavo, trabajo servil y trabajo asalariado, el trabajo se presenta siempre como algo repulsivo, siempre como trabajo forzado, impuesto desde el exterior; frente a lo cual el no-trabajo aparece como “libertad y felicidad”. [...] [En tales formaciones sociales] el trabajo [...] aún no ha creado las condiciones subjetivas y

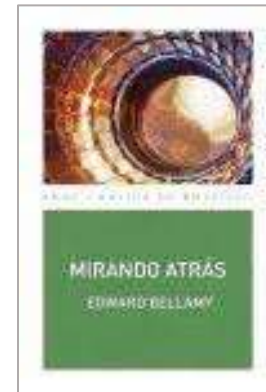


objetivas [...] en las que el trabajo se convierte en trabajo atractivo, en la autorrealización del individuo. [...] En fin, A. Smith solo tiene en mente a los esclavos del capital».[12]

Marx está explicando que la idea de Smith de la libertad como “no-trabajo”, lejos de ser una verdad inmutable, es el producto de condiciones históricas específicas, las del trabajo asalariado desarrollado en condiciones de explotación. “El trabajo se convierte en trabajo atractivo”, para Marx, solo en circunstancias de no alienación, cuando ya no es una mercancía. Esto requiere formas nuevas y superiores de producción social bajo el control de los productores asociados. Todo esto tiene sus raíces, por supuesto, en la poderosa crítica del joven Marx al trabajo alienado en sus *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. [13] Para Marx, los seres humanos son fundamentalmente seres corporales. Disociar la humanidad de las relaciones materiales de los hombres, separando radicalmente el trabajo intelectual del trabajo manual, es la forma de perpetuar la alienación humana. [14]

El utopismo socialista: Bellamy y Morris

Si bien era esperable que los socialistas rechazaran la visión hegemónica de las relaciones de trabajo propias del capitalismo, la medida en que esto se tradujo en concepciones de las relaciones de trabajo realmente diferentes de las del *status quo* varió de forma significativa dentro de la misma literatura socialista. Veamos esto con cierto detalle. *Mirando atrás*, de Edward Bellamy, una obra de 1888 poco leída actualmente, fue el libro más popular de su época, solo superado por *La cabaña del tío Tom* y *Ben-Hur*, vendiendo millones de ejemplares y siendo traducido a más de veinte idiomas. Erich Fromm relata, por ejemplo, que en 1935 “tres destacadas personalidades, Charles Beard, John Dewey y Edward Weeks”, consideraron (por separado) que la novela de Bellamy era el segundo libro más influyente del medio siglo anterior, solo superado por *El Capital* de Marx. [15]



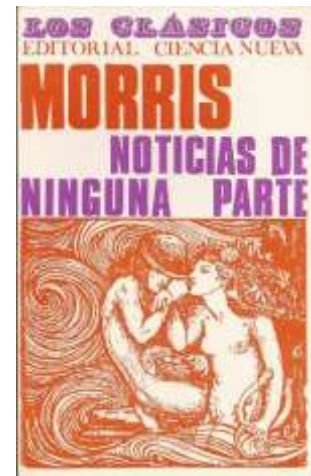
La novela utópica de Bellamy apareció en un período de rápida expansión económica, industrialización y concentración de capital en los Estados Unidos. El protagonista, Julian West, se despierta en Boston en el año 2000 para descubrir una sociedad completamente transformada, en un sentido socialista. [16] Las políticas implementadas para crear confianza en la Edad Dorada habían llevado a la creación de una empresa monopolística gigante que, al ser después nacionalizada, había situado la economía bajo el control absoluto del Estado. El resultado es una sociedad altamente organizada e igualitaria. Se requiere a todos los individuos que se unan al ejército de trabajadores a los veintiún años, pasen tres años contribuyendo como trabajadores comunes, y luego avancen a una ocupación cualificada, con trabajo obligatorio hasta los cuarenta y cinco años. Después de esto, cada ciudadano puede aspirar a convertirse en un hombre o una mujer de ocio. En esta sociedad ideada por Bellamy, el trabajo se concibe todavía como un sufrimiento, no como un placer, y el objetivo final es trascenderlo.

William Morris, que era entonces el principal impulsor de la Liga Socialista con sede en Londres, escribió una reseña muy crítica del libro de Bellamy, centrándose en sus descripciones del trabajo y del ocio. En 1890 publicó su propia novela utópica socialista, *Noticias de ninguna parte*, que presentaba una visión del trabajo muy diferente. Morris, en palabras de E. P. Thompson, “era un utopista comunista, con toda la fuerza de la tradición



romántica detrás de él”.[17] Las principales influencias en su comprensión del papel del trabajo en la sociedad eran Fourier, Ruskin y Marx, quienes habían criticado, aunque desde perspectivas políticas marcadamente distintas, la división del trabajo y las relaciones de trabajo distorsionadas y alienantes bajo el capitalismo. De Fourier, Morris tomó la idea de que el trabajo podía estructurarse de manera que fuera placentero.[18] De Ruskin adoptó la idea de que las artes decorativas y la arquitectura de la Baja Edad Media reflejaban las condiciones en las que los artesanos habían vivido y trabajado: en su opinión, estas circunstancias les habían permitido canalizar, de forma libre, sus pensamientos espontáneos, sus creencias y sus ideas estéticas en todo lo que hicieron. Como escribió Thompson, “Ruskin [...] fue el primero en señalar que el placer de los hombres por el trabajo que les da de comer constituye el cimiento mismo de la sociedad, y en relacionar esto con toda su crítica de las artes”.[19] De Marx, Morris tomó la crítica histórico-materialista de la explotación en el trabajo, que está en la raíz de la sociedad de clases capitalista.

La síntesis resultante llevó a la famosa idea de Morris de que “El arte es la expresión de la alegría del hombre en el trabajo”. El trabajo creativo, argumentó, es esencial para los seres humanos, que deben “estar haciendo algo o creer que están haciéndolo”. Estudiando la conexión histórica entre el arte y el trabajo en la época preindustrial, Morris sostuvo que “todos los hombres que han dejado algún rastro de su existencia detrás de ellos han practicado el arte”. Siempre hay un “placer sensible” concreto en el trabajo, en la medida en que es arte, y lo mismo en el arte, en la medida en que es trabajo no alienado; y este placer aumenta “en proporción a la libertad y la individualidad del trabajo”. El objetivo principal de la sociedad debería ser la maximización del placer en el trabajo, a fin de satisfacer las necesidades humanas genuinas. Es “la falta de este placer en el trabajo diario” bajo el capitalismo, observa Morris, “lo que ha hecho de nuestras ciudades y viviendas insultos sórdidos y horribles a la belleza de la Tierra, a la cual desfiguran, y lo que ha convertido a todos los accesorios de la vida en algo miserable, trivial, feo”. [20]



Morris criticó el desperdicio de trabajo dedicado a producir cantidades inagotables de productos inútiles, como “alambre de púas, armas de 100 toneladas y paneles publicitarios que afean el paisaje a lo largo de las vías ferroviarias, entre otras cosas”. También criticó las “mercancías adulteradas”, que echan a perder vidas humanas y contaminan, además, el entorno natural y social.[21]

Los ejemplos de Morris estaban bien escogidos. “Alambre de púas” y “armas de 100 toneladas” eran metonimias de la guerra imperial británica y la producción de armas que esta acarrearba. (A día de hoy, los Estados Unidos gastan más de un billón de dólares al año en gastos militares reales, aunque la cifra oficial sea menor).[22] La referencia a los “paneles publicitarios” aludía a todo el fenómeno, más amplio, de la publicidad. (Hoy en día se gasta más de un billón de dólares en publicidad en los Estados Unidos).[23] Finalmente, con su referencia a las “mercancías adulteradas”, Morris estaba señalando el problema de la adulteración de alimentos, pero también el desarrollo de aditivos —estrategias empleadas, ambas, para reducir los costos y aumentar las ventas—, así como la producción de diversos productos de mala calidad, caracterizados por lo que ahora se llama obsolescencia



programada. (Actualmente, la penetración de las estrategias publicitarias en el diseño de la producción afecta a casi todas las mercancías).[24]

Desde el punto de vista de Morris, la producción de bienes que no contribuyen a la reproducción social o que son dañinos es un desperdicio de trabajo humano.[25] Afirmó, por ejemplo: “piensen, les ruego, en la producción de Inglaterra, el taller del mundo: ¿acaso no les produce desconcierto, como a mí, pensar en la cantidad de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que con inútil esfuerzo nos dedicamos a fabricar y vender?”[26]

Al criticar tal tipo de producción, por su despilfarro, falta de valor estético y alienación laboral, Morris no pretendía atacar la mecanización de la producción como tal. Estaba señalando, más bien, la necesidad de que la producción se organizase de tal forma que el ser humano no se redujese a ser, como había dicho Marx, un “apéndice de una máquina”. Como dijo el propio Morris, el trabajador resulta degradado en la sociedad capitalista industrial, de forma que no es “ni tan siquiera una máquina, sino una porción calculada de esa máquina grande y casi milagrosa que es la fábrica”. [27]

En palabras similares a las empleadas por Marx al tratar la cuestión del trabajo alienado en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Morris afirmó en su conferencia de 1888 “Art and its producers” que los intereses vitales del obrero “están divorciados del objeto de su trabajo”.

“El trabajo del proletario se ha convertido en “empleo”, es decir, en la mera oportunidad de ganarse la vida gracias a la voluntad de otra persona. Los intereses que guían la producción de mercancías en este sistema se han alejado completamente de los del obrero ordinario, y responden únicamente a los de los organizadores de su trabajo; además, estos intereses tienen generalmente poco que ver con la producción de mercancías, en tanto que cosas destinadas a ser manejadas, observadas, usadas... se reducen, en cambio, al intento de posicionarse bien en el gran juego del mercado mundial”. [28]

Para Morris, la visión de Bellamy era “puramente moderna, ahistórica, poco artística”. Representaba el ideal del “profesional de clase media” que, en el utópico Boston de *Mirando atrás*, está al alcance de todos después de unos años de trabajo ordinario. “La imagen que provoca [Bellamy] es la de un gran ejército permanente, firmemente organizado, obligado por un misterioso destino a producir mercancías de forma ansiosa e incesante, y satisfacer así cualquier capricho, por derrochador y absurdo que pueda ser”.

En agudo contraste, para Morris “el ideal del futuro no apunta a la disminución de la energía del hombre mediante la reducción del trabajo al mínimo, sino más bien a la reducción del sufrimiento en el trabajo a un mínimo, tan pequeño que el trabajo dejará de ser pesado”. En su visión, no hay ninguna barrera para que el trabajo sea creativo y artístico, porque la producción no está determinada por un concepto estrecho de productividad, orientado a las ganancias capitalistas. La utopía de Bellamy, con su amortiguado “semi-fatalismo económico”, se preocupaba “innecesariamente” por la búsqueda de “algún incentivo para trabajar, que pudiese reemplazar el miedo al hambre, que es actualmente el único, cuando en realidad el verdadero incentivo al trabajo útil y feliz no puede ser otro que el placer en el trabajo mismo”. [29]



Noticias de ninguna parte transformó estas críticas de Morris a Bellamy en una visión utópica alternativa. Un hombre llamado William —a quien aquellos que va conociendo llaman William Guest— se despierta de un sueño (aunque se deja intencionalmente ambiguo si todavía está soñando) y aparece en Londres a principios del siglo XXII, alrededor de un siglo y medio después de un estallido revolucionario en la década de 1950, que condujo a la creación de una sociedad comunal socialista.[30] En la utopía de Morris, la tecnología se usa para reducir el trabajo tedioso, pero no para restarle importancia al trabajo en general. La producción está orientada a la satisfacción de necesidades genuinas y a la creación artística. Existen nuevas formas de producción de energía, menos destructivas, y la contaminación ha sido erradicada. Los trabajadores habían permanecido atados, al principio, a la visión mecanicista del trabajo, pero después del Gran Cambio, “bajo la apariencia de placer que no se suponía que era trabajo, el trabajo que era placer comenzó a desplazar al trabajo mecánico. [...] las máquinas no podían producir obras de arte y [...] las obras de arte eran cada vez más demandadas”. Se demostró que el arte y la ciencia eran “inagotables”, al igual que las posibilidades de la creatividad humana a través del trabajo significativo, desplazando así a la producción capitalista anterior, que fabricaba “una gran cantidad de cosas inútiles”. [31]

Actualmente, a muchos les puede resultar extraña, sin duda, esta “crítica artística”, pintoresca y moralizante, del capitalismo. Pensadores como Luc Boltanski y Éve Chiapello ven la actual ausencia de críticas de este tipo, representadas en el pasado por figuras tan diversas como Morris o Charles Baudelaire, como una de las principales consecuencias de la flexibilidad postfordista de finales del siglo XX. El “nuevo espíritu del capitalismo”, argumentan, implica una integración generalizada de las formas artísticas en la producción capitalista.



La debilidad del análisis de Boltanski y Chiapello radica en que mezclan las apariencias de superficie con los problemas estructurales. Caen presos del fetichismo de las mercancías en sus formas más nuevas y de moda, sin explicar adecuadamente hasta qué punto la “crítica artística” y la “crítica social” están inextricablemente conectadas y en qué medida existen, en ambas dimensiones, obstáculos infranqueables dentro del sistema capitalista. Así las cosas, parece que tras la crisis del capitalismo global de 2008-09, las críticas clásicas —tanto sociales como artísticas— de la alienación y la explotación, representadas por Marx o Morris, son más necesarias que nunca.[32]

Un punto fuerte de la visión del trabajo de Morris en *Noticias de ninguna parte* radica en la relativa igualdad de género existente en el centro de trabajo. La figura del maestro artesano aparece una única vez en toda la novela, en un capítulo titulado “Los disidentes obstinados”, y esa posición es ocupada por una mujer, la señora Philippa, una talladora de piedra y albañil. Aunque el capataz es hombre, es Philippa quien decide cuándo y cómo se lleva a cabo el trabajo. Su hija también es talladora de piedra, mientras que un joven sirve la comida. La división del trabajo, en la sociedad ideada por Morris, ya no está estrictamente relacionada con el género (aunque, al abordar esta cuestión, Morris incorpora algunas contradicciones de forma intencional, representando un mundo que todavía está en proceso de cambio).[33]



Al igual que Marx, Morris acompañó su análisis sobre la posibilidad de un trabajo creativo y no alienado con cuestiones ecológicas, viendo con claridad que la degradación de las relaciones laborales humanas y la degradación de la naturaleza están inseparablemente conectadas. Marx llegó a comparar la propiedad de la tierra con la propiedad sobre los seres humanos, afirmando que ambas son irracionales, pues conducen a la explotación de unos hombres por otros y a la destrucción de la naturaleza. Del mismo modo, para Morris, en la sociedad capitalista —como dice Clara en *Noticias de ninguna parte*— la gente buscaba “hacer a la ‘naturaleza’ su esclava, ya que pensaban que la ‘naturaleza’ era algo que estaba fuera de ellos”.^[34] Morris argumentó, además, que la producción de carbón debería reducirse a la mitad, por ser un trabajo que debilita a la humanidad y destruye la salud de los seres humanos, pero también por la contaminación masiva que genera. Una sociedad más racional sería aquella que realizase recortes profundos en la producción de carbón, mientras profundiza en la satisfacción de las necesidades humanas, abriendo nuevos espacios para el progreso humano.^[35]

(Continúa en siguiente número de Primera Piedra).

[1] Este ensayo está dedicado a Harry Magdoff, y encontró inspiración en su artículo “The Meaning of Work: A Marxist Perspective”, *Monthly Review*, vol. 34, nº 5 (octubre de 1982), pp. 1-15.

[2] Para un libro importante sobre sostenibilidad ecológico-económica que, sin embargo, dedica solo una pequeña parte de su análisis al asunto del trabajo, véase Tim Jackson, *Prosperity without Growth*, Londres: Earthscan, 2011.

[3] Véase André Gorz, *Paths to Paradise*, Londres: Pluto, 1985; Serge Latouche, *Farewell to Growth*, Cambridge: Polity, 2009. Los primeros pensadores ecosocialistas, como Gorz, intentaron combinar el análisis verde y la teoría socialista, y lo primero a menudo prevaleció sobre lo segundo. En contraste, los ecosocialistas de la segunda etapa, o marxistas ecológicos, han buscado como punto de partida para sus análisis los fundamentos ecológicos subyacentes al materialismo histórico clásico. Sobre esta distinción, véase John Bellamy Foster y Paul Burkett, *Marx and the Earth*, Boston: Brill, 2016, pp. 1-11.

[4] Adriano Tilgher, *Homo Faber*, Chicago: Regnery, 1958, pp. 3-10; Aristóteles, *The Politics*, Oxford: Oxford University Press, 1958.

[5] Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Nueva York: Modern Library, 1937, pp. 30-33.

[6] Autor anónimo citado en Paul Lafargue, “The Right to Be Lazy” (1883), capítulo 2; Karl Marx, *Capital*, vol. 1, Londres: Penguin, 1976, pp. 685, 789 y 897.

[7] David A. Spencer, *The Political Economy of Work*, Londres: Routledge, 2009, p. 70.

[8] Steffen Rätzel, “Revisiting the Neoclassical Theory of Labor Supply – Disutility of Labor, Working Hours, and Happiness”, *Otto von Guericke University Magdeburg*, nº 5, p. 2.

[9] En el estudio citado anteriormente, Rätzel demuestra que, incluso en las condiciones actuales, el trabajo no es simplemente una desutilidad, sino una base para la felicidad humana. Parece claro que esto sería aún más cierto en entornos de trabajo no alienado.

[10] Benjamin Farrington, *Head and Hand in Ancient Greece*, Londres: Watts, 1947, pp. 1-9 y 28-29. Véase también Ellen Meiksins Wood, *Peasant-Citizen and Slave*, Londres: Verso, 1998, pp. 134-45.



[11] Véase Foster y Burkett, *Marx and the Earth*, p. 65. Las opiniones de la sociedad griega sobre el trabajo se vieron profundamente afectadas por la existencia de la esclavitud. Sin embargo, esto tuvo un mayor impacto en la aristocracia, que dependía en gran medida del trabajo esclavo, que en el *demos*, el conjunto de ciudadanos pobres a quienes su trabajo como artesanos o campesinos les proporcionaba el sustento necesario para ser políticamente libres. Estas distinciones de clase dentro de la *polis* tuvieron su reflejo en la esfera de las ideas, donde es posible diferenciar entre puntos de vista idealistas y materialistas. Véase Ellen Meiksins Wood y Neal Wood, *Class Ideology and Ancient Political Theory*, Oxford: Oxford University Press, 1978.

[12] Karl Marx, *Grundrisse*, Londres: Penguin, 1973, pp. 611-12. Marx se estaba refiriendo aquí al mismo pasaje de Smith citado anteriormente.

[13] Karl Marx, *Early Writings*, London: Penguin, 1974, pp. 322-34.

[14] Joseph Fracchia, “Organisms and Objectifications: A Historical-Materialist Inquiry into the ‘Human and Animal’”, *Monthly Review*, vol. 68, n° 10 (marzo de 2017), pp. 1-16.

[15] Erich Fromm, “Introduction”, en Edward Bellamy, *Looking Backward*, Nueva York: New American Library, 1960, p. v. El primer volumen de *El Capital* no se tradujo al inglés hasta 1886, por lo que en 1935 podía considerarse todavía una obra del medio siglo anterior.

[16] Bellamy, *Looking Backward*; Magdoff, “The Meaning of Work,” pp. 1-2.

[17] E. P. Thompson, *William Morris, Romantic to Revolutionary*, Nueva York: Pantheon, 1976, p. 792. Para un excelente estudio sobre la concepción del trabajo en Morris, véase Phil Katz, *Thinking Hands: The Power of Labour in William Morris*, Londres: Heatherington, 2005.

[18] William Morris, *News from Nowhere*, Oxford: Oxford University Press, p. 79; William Morris y Ernest Belfort Bax, *Socialism: Its Growth and Outcome*, Londres: Sonnenschein, 1893, p. 215; Jonathan Beecher, *Charles Fourier*, Berkeley: University of California Press, 1986, pp. 274-96.

[19] Thompson, *William Morris*, pp. 35-37; John Ruskin, *The Stones of Venice*, vol. 2, Nueva York: Collier, 1900, pp. 163-65.

[20] William Morris, *Collected Works*, vol. 23, Nueva York: Longmans, Green, 1910, p. 173; *News from Nowhere and Selected Writings and Designs*, Londres: Penguin, 1962, pp. 140-43; *Signs of Change*, Londres: Longmans, Green, 1896, p. 119.

[21] May Morris (ed.), *William Morris: Artist, Writer, Socialist*, vol. 2, Cambridge: Cambridge University Press, 1936, pp. 478-79; William Morris, *Signs of Change*, p. 17.

[22] Mark Strauss, “Ten Inventions that Inadvertently Transformed Warfare”, *Smithsonian*, 18 de septiembre, 2010; John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Robert W. McChesney, “The U.S. Imperial Triangle and Military Spending”, *Monthly Review*, vol. 60, n° 5 (octubre de 2008), pp. 1-19.

[23] Fred Magdoff y John Bellamy Foster, *What Every Environmentalist Needs to Know about Capitalism*, Nueva York: Monthly Review Press, 2011, pp. 46-53.

[24] Sobre el análisis de Marx acerca de la adulteración de los alimentos en la Inglaterra del siglo XIX, que sin duda influyó en Morris, véase John Bellamy Foster, “Marx as a Food Theorist”, *Monthly Review*, vol. 68, n° 7 (diciembre de 2016), pp. 2-8.

[25] La crítica al despilfarro económico y ecológico y su abordaje teórico, en términos de reproducción social, han sido durante mucho tiempo centrales para la economía política marxista, incluidos los conceptos de “valor de uso capitalista” y “valor de uso negativo”. Véase, por ejemplo, Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York: Monthly Review Press, 1966; Michael Kidron, *Capitalism and Theory* Londres: Pluto, 1974; John Bellamy Foster, “The Ecology



of Marxian Political Economy”, *Monthly Review*, vol. 63, n° 4 (septiembre de 2011), pp. 1-16. Estos análisis estudian y critican el desperdicio no en términos éticos, sino desde un punto de vista económico y ecológico, tomando como criterio la reproducción social. El desarrollo de armas nucleares, por ejemplo, es un callejón sin salida desde esta perspectiva, porque no contribuye, en modo alguno, a la reproducción social.

[26] Morris, *Signs of Change*, pp. 148-49.

[27] Marx, *Capital*, vol. 1, p. 799; William Morris, “Art and its Producers,” en *Art and its Producers and the Arts and Crafts of to-Day*, Londres: Longmans, 1901, pp. 9-10.

[28] Morris, “Art and its Producers”, pp. 9-10.

[29] William Morris, *Escritos Políticos*, Bristol: Thoemmes 1994, pp. 419-25.

[30] Las fechas proporcionadas en el texto dejan algunas cuestiones abiertas. Morris cambió algunas de las fechas que aparecían en la versión original por entregas publicada en *Commonweal*, retrasando ciertos eventos a fechas posteriores. El puente mencionado en el capítulo 2, por ejemplo, se construyó en 1971 en la versión del *Commonweal*, mientras que en el libro data de 2003. Tomando las fechas de la edición de 1891, el Gran Cambio ocurre durante los primeros años de la década de 1950. La guerra civil comienza en 1952, y parece haber terminado en el momento de la “limpieza de casas”, en 1955. A William Guest se le informa al principio del texto de que el puente construido en 2003 “no es muy antiguo” en términos históricos. Después, Hammond dice que la nueva época tiene unos 150 años de duración, lo que presumiblemente ubicaría la novela en los primeros años después de 2100. Una referencia más indirecta a “doscientos años atrás” parecería referirse al tiempo transcurrido desde finales del siglo XIX o principios del siglo XX. Morris, *News from Nowhere*, pp. 8, 14, 46, 69, 94 y 184.

[31] Morris, *News from Nowhere*, 40, 78-85, 140 y 153-55.

[32] Luc Boltanski y Éve Chiapello, *The New Spirit of Capitalism*, Londres: Verso, 2005, pp. 38, 466-67 y 535-36. Sobre las contradicciones históricas del pensamiento fordista y postfordista, véase John Bellamy Foster, “The Fetish of Fordism”, *Monthly Review*, vol. 39, n° 10 (marzo de 1988), pp. 1-13.

[33] Morris, *News from Nowhere*, pp. 148-51. La intención feminista de Morris es evidente, además, en el propio nombre de Philippa, un claro homenaje a su contemporánea Philippa Fawcett, una matemática de una inteligencia excepcional, defensora de los derechos de las mujeres, a quien Morris admiraba mucho. William Morris, *We Met Morris: Interviews with William Morris, 1895-96*, Reading: Spire, 2005, pp. 93-95. En tanto que obra literaria compleja, con pretensiones realistas, la novela utópica de Morris representa una sociedad que ha experimentado un gran cambio y que aún está cambiando. La dimensión imaginativa de la obra se complementa con la mimética, reflejando no solo la prehistoria capitalista, sino también el presumible pasado, presente y potencial futuro de la nueva sociedad. Esto se ve especialmente claro en la forma que tiene Morris de tratar las cuestiones de género.

[34] Morris, *News from Nowhere*, p. 154; Marx, *Capital*, vol. 3, Londres: Penguin, 1981, p. 911.

[35] Véase Morris, *News from Nowhere*, p. 59; John Bruce Glasier, *William Morris and the Early Days of the Socialist Movement*, Londres: Longmans, Green, 1921, pp. 76, 81-82.

Fuente: <https://monthlyreview.org/2017/09/01/the-meaning-of-work-in-a-sustainable-society/>
Traducción: Pablo Scotto Benito.